ARTE

Su universo bebe del surrealismo pop californiano, de cierta estética 'manga' y de un toque 'naïf'. Esta joven artista barcelonesa despunta con una obra personalísima y original. Imprescindible.

Vanessa Linares se pierde en un bosque pop

Vanessa Linares enfrentada a una de sus miradas 'manga', en la galería Barnadas.

JORDI SOTERAS

* VANESSA GRAELL

En la profundidad del bosque la luz otoñal se cuela entre las ramas de los árboles, el viento baila con las ojas que caen y los cervatillos arrancan a volar. Es un bosque mágico, crepuscular, lleno de misterios, teñido de amarillos y dorados, con árboles de un fucsia imposible, colinas salpicadas de topos, animales que leen libros recostados en un tronco, colores fluorescentes y brochazos salvajes que contrastan con el aire aparentemente *naïf* de la escena. Los bosques son el territorio de Vanessa Linares, una artista de lo más pop, con un estilo personalísimo que va del *manga* –con esos enormes y expresivos ojos marca japonesa– a los paisajes surrealistas y a la caligrafía china, todo con colores intensos y saturados (que luego diluye, difumina y superpone para crear un fascinante juego de texturas).

El universo de Vanessa Linares se despliega en la galería Jordi Barnadas hasta el 22 de octubre con la exposición *Intentant recordar*, en la que destacan varios cuadros de gran formato que pinta en el suelo, estilo Jackson Pollock. Una técnica que no es tan fácil de dominar. «Hay que estar muy en forma para pintar en el suelo. No paras de hacer estiramientos. ¡Hasta me he apuntado a yoga!», ironiza Linares, que estudió Bellas Artes en la Universitat de Barcelona.

El arte de Vanessa Linares podría colgar de las paredes de cualquier galería de Los Ángeles: entronca perfectamente con ese surrealismo pop californiano de los 90. O de Tokyo, tanto por esa estética *kawaii* (mono, en japonés, aunque también engloba toda una categoría artística de líneas suaves, infantiles), como por esa melancolía tan *manga* que desprenden sus retratos casi de dibujo animado. El estilo de Linares remite también al de Miss Van, la *graffitera* por antonomasia. «No la conozco, pero sí he visto sus obras en Berlín y Barcelona. Sí que tenemos una estética parecida», reconoce Linares, aunque a ella lo del *spray* no le va demasiado.

Pero Linares también se mide con los grandes maestros de la pintura y los reinterpreta en clave contemporánea, con los iconos de su universo personal: cuela a dos conejitos blancos que leen un libro en los *Campos de amapolas* de Monet, junto a las damas impresionistas; las mujeres de *La virgen* de Klimt lucen ojos *manga* y se reducen a un esquematismo muy pop; *La habitación roja* de Matisse es una explosión surrealista y al clásico paisaje holandés de Albert Cuyp le da un aire de verano azul al sustituir a campesinos y ovejas por sus amigos en bicicleta y una manada de Guspirusus (un nombre que se ha inventado para denominar a sus animalitos: un cruce entre ardillas, conejos, cervatillos...). «Este tipo de cuadros son un reto, te tienes que poner en la piel del que los pintó», admite.

Una obra de Linares en cerámica y el cuadro 'Lugar donde se produce un crepúsculo'.

En sus cuadros-*collages* –un *mix* de retratos, paisajes y metáforas que ya ha convertido en su seña de identidad– también ha reinterpretado a *La joven de la perla* de Vermeer y a *María con sombrero* de Sorolla (que vio en la exposición *Retratos de la Belle Époque* de CaixaForum), además de incluir una imagen de Enrique Morente («soy muy fan de *Omega* y le vi actuar en el Primavera Sound meses antes de que muriera»).

Como toda artista del siglo XXI, Linares, acaba de ilustrar un cuento infantil para iPad, tampoco desdeña el vasto mundo del *merchandising*. Con Yoshi &Olivia ha hecho una serie de monederos, con Anna Llenas de Laroom ha estampado sus diseños en manteles de PVC, con la ceramista Rita Luigi ha desarrollado una línea de cerámica ilustrada (ya está preparando una exposición) y a Gloria Gastaldi le ha cedido sus obras para que las ponga en anillos y colgantes.